



188 Como para ellos el mundo es un vasto salón de juego y la vida un *sport* más ó menos tolerable, se les ocurre un día jugar con los intereses públicos, juego distinguidísimo, lleno de emociones, y lo consiguen á las veces.

No pocas les ayudan á ello, con una debilidad deplorable, sus padres y allegados, personas respetables y respetadas, que se sirven de una reputación justa para colocar al hijo, darle que hacer y castigar con sus tresuras al país entero.

Cuando menos mal hacen estos señoritos mal educados, es cuando, satisfechos con el triunfo en la batalla electoral, que toman lo mismo que un asalto de esgrima, ó un partido empeñado, ó una regata de traincras, desatienden luego el cargo como cazador generoso y por puro amor al arte, que regala la pieza cazada ó no se toma la molestia de alzarla del suelo. Pero de ordinario, la broma mayor y más divertida empieza una vez dueños del campo los señoritos. Ya promueven líos y enredos para frotarse las manos de puro gusto y recrearse en ello con fruición de niño bobo, ya dan en el *sport* de representar el hombre sério, ya se jactan de oponerse á las *reventantes* personas formales, ya hay uno (y esto es histórico) que con aire de *blasé*, al oír que no hay razón para tomar este ó el otro acuerdo, responde: «Tener razón ó no tenerla ¿qué más da?», y se vuelve para apuntar al *as* ó á la *sota*.

Llega así un día en que los señoritos *juerguistas* ponen de tal modo las cosas, que no hay persona seria que no crea comprometida su dignidad si toma lo que ellos dejaron, y entonces vienen las quejas y el repetir á cada caso que los cargos públicos deberían ser coronamiento de una vida de seriedad y de trabajo.

Entre tanto, nunca faltan intrigantes y *negociadores* al por mayor que se aprovechan de estos señoritos como de instrumentos conscientes ó inconscientes, fomentando en ellos la tendencia al atropello del burócrata y del improvisado, la disposición á hacer los *enfants terribles* de los pobres burgueses, su gusto en c... en las personas formales que les *revientan*. (Otro es el vocablo.) El *sport* del atropello no es ninguna invención mía, no; es el plato más exquisito de esa doctrina cuyo principio es que lo más distinguido es vencer no teniendo razón, y su fórmula: «Tener razón ó no tener ¿qué más da?» Señorito hay que se apartaría con asco de uno que ganara en el juego haciendo trampas, y le parece la cosa más natural del mundo ganar una elección con falsificaciones.

Todo esto no son más que indicaciones y algo así como puntos de meditación que el lector puede vivificar acudiendo á su memoria.

Sería preciso escribir mucho y mucho más meditado para dar idea adecuada de cómo comprometen los intereses públicos y sirven á explotadores agiotistas, los que no sólo carecen en absoluto del sentido de la seriedad de la vida, sino que toman á ésta en juego y á aquella como pedantería intolerable, los que cansados de otras *juergas*, dan en divertirse contra el público y se empeñan en salir de la irremediable vulgaridad ramplonísima del señorito *juerguista*, como se empeñaba el barón de Münchhausen en salir del pozo en que cayó, tirándose de las orejas, con lo cual sólo con-

seguía alargárselas más y más. Hundiéndose en ese odiado é irremediable pozo, hasta que el agua llegue al cuello y provoque angustias, es como mejor se aprende la seriedad de la vida y no en tabernas, puestas de moda ó en *juergas* de buen tono burocrático.

El no tener que ganarse la vida es ya de por sí una causa poderosa de corrupción ó obliteración del sentido común. El vago que, en virtud de la ley de herencia de nuestro imperfecto grado de desenvolvimiento social, vive del trabajo de los demás bajo la engañosa forma de ahorros paternales, emplea su actividad, sacada de quicio, en divertirse con los que le mantienen. El que no trabaja de alguna manera, lo menos malo que hace es estorbar. De ordinario busca pasto á su actividad ociosa estropeando el trabajo ajeno, como los niños gozan en hacer daño y desesperar á los ancianos, á los débiles y á los desgraciados. El prójimo es para ellos ó un juguete ó extraño.

Otro mal no menos grave es que estos señoritos sirven de pasto á los parásitos, que, como es sabido, debilitan á la sociedad, chupándole la savia sin resarcírsela y degeneran ellos mismos convirtiéndose, como los parásitos del reino animal, en meros sacos membranosos, en hombres-estómago.

Cruzándose y entrecruzándose los efectos, multiplicándose unos con otros, proyectándose aquéllos en éstos para refluir acrecentados, los males expuestos, con otros de índole análoga, engendran un estado social, en que el quejoso apenas tiene derecho á la queja, por haber exclamado desdeñosamente cuando aún era tiempo de remedio: «¡Exageraciones! ¡simplezas! ¡gananas de hablar!»

MIGUEL DE UNAMUNO.

Eco de Bilbao

núm. 4

domingo, 12 noviembre 1893

UNA RECTIFICACIÓN

La cosa es de muy poca monta, pero cada hijo de vecino tiene en su espíritu un rinconcillo quisquilloso y el mio es lo que se puede llamar *conciencia gramatical*.

En diversas ocasiones he escrito acerca de ortografía, y espero si Dios me ayuda, publicar algún día un trabajo acerca de su evolución, estudio que dá pie á mil curiosas observaciones porque no hay nada, por humilde que parezca, que no sea espejo en que se reflejen, de un modo ó de otro, multitud de fenómenos y de leyes.

En el segundo de los artículos que, bajo el título de *La juventud y los cargos públicos*, he publicado en ECO DE BILBAO, apareció un pasaje que decía que nunca faltan intrigantes que se aprovechan de los señoritos mal educados «como instrumentos conscientes ó inconscientes etc.»

157/44

664

Estoy seguro que escribí *concientes* ó *inconcientes* y que las *es* fueron añadidas al pasar el manuscrito á impreso para conformar la ortografía de esos vocablos á la hoy vulgar, corriente y oficial por añadidura.

Pero á pesar de ser lo corriente y oficial escribir *consciente* y no *consciencia*, siempre he de escribir *conciente* lo mismo que escribo *conciencia*, pues siendo palabras del mismo origen y estrechamente emparentadas, no sé por qué la una ha de llevar *s* y la otra no.

Esta falta de criterio fijo, es el peor principio de que adolece nuestra Academia; la cual hace escribir (á los que la acaten) *Sep-tiembre* y *subscriber* y nos deja con *siete* y *escriitor*, cuando la misma razón habría para escribir *siepte* y *escriitor*.

Mas dejemos una razonada reflexión acerca de la ortografía fonética, la etimológica y la usual, para un trabajo sistemático acerca de la evolución ortográfica, y hagamos votos porque en España se implanten y obtengan resultados, como los van obteniendo en Francia, sociedades para promover la reforma ortográfica y ahorrar á nuestros hijos ó nietos, el tiempo y fatiga que nosotros gastamos en aprender que tal vocablo se escribe con *h* y tal con *v* y no con *b*.

Entre tanto, sería conveniente, el que cada cual tendiera, en casos de duda, á adoptar la ortografía más sencilla.

Es cierto que en latín es *conscientem*, pero la palabra al tomarla en castellano debe adaptarse al fonetismo español y asimilarse á *conciencia*.

Por olvido de los tradicionales principios de transcripción ortográfica, algún francés, que de todo tendría, menos de lingüista, y conocedor del griego y del modo cómo las voces griegas pasaron al latín, y de éste al francés, sacó el vocablo *kilomètre* en vez de *chiliomètre* y nosotros lo tomamos, *kilómetro* en lugar de *quiliómetro*, que es como debiera escribirse y leerse.

La *k* es una letra antipática y absolutamente impropia en la mayoría de los casos. No hay letra alguna griega que se haya transcrito jamás al castellano, en los buenos tiempos del humanismo en España, por *k*. La letra griega que entra en la voz de que tratamos, es la misma que los lati-

nos transcribían por *ch*, por *ch* los franceses y por *c* ó *qu* nosotros, como en el *ta* in *chimaera*, *character*, el francés *c. unère*, *character* y el castellano *quimera*, *carácter*, á los que podríamos agregar otros vocablos.

Si un estudiante de griego quiere, por medio de un diccionario, averiguar la composición de la voz *kilómetro*, se encontrará con que puede interpretarse por «medida de burro», pero nunca por «mil metros», que es lo que quiso expresar el inventor del término y de su desdichada ortografía.

Y menos mal, casos como el de la *k* de *kilómetro*, en que ésta procede de ignorancia del proceso histórico de la ortografía, tanto francesa, como española, en lo que á las voces de origen griego respecta, y digo menos mal, porque todos los días vemos, sobre todo aquí, otras *kas* y otras innovaciones, mucho más ridículas é irracionales, que arrancan no sólo de ignorancia, sino de una especie de pedantería que es la más perniciosa de todas. Cuando se escribe en castellano, debe escribirse con la ortografía castellana, y ya que escribimos

y decimos Lóndres, Burdeos, Amberes ó Florencia y no London, Bordeaux, Antwerpen ó Firenze, no hay razón para alterar otros nombres por caprichos simples ó por motivos de la clase más pueril é insípida.

MIGUEL DE UNAMUNO.



Eco de Bilbao

núm 5

domingo, 19 de noviembre

1893

4-90

4-90

SOBRE EL CULTIVO DEL VASCUENCE.

I.

No me refiero á su cultivo práctico. En estos momentos dejo de lado la cuestión de si se debe ó no fomentar la conservación del vascuence como lengua hablada, de si son convenientes y eficaces los esfuerzos encaminados á mantener dentro de la nación lenguas ó dialectos regionales, si su conservación es un bien ó un mal para los más elevados intereses intelectuales y morales. Me refiero tan sólo al cultivo científico ó meramente especulativo del vascuence, al que toma á este como un ejemplar del reino lingüístico, como monumento que sirve de materia para investigaciones históricas, etnográficas y aun de biología lingüística.

Bien se vé que á muchos parecerá extraño que venga á tratar de intereses meramente científicos en época en que parecen recrudescerse los sentimientos regionales, pero creo que los intereses meramente científicos y de orden especulativo tienen un

gran valor, que su fomento abre los horizontes de un refugio de calma y serenidad entre las turbulencias provocadas por las pasiones prácticas y que el ECO DE BILBAO debe dar cabida en sus páginas á la expresión de cosas que no sean tan sólo las de la lucha diaria.

Acaso lo que distingue más al actual movimiento científico, tan rico y tan potente, es la poderosa y enorme labor de acarreo, la afanosa explotación de los fenómenos, el ejército de obreros que por todas partes asaltan á la naturaleza y al espíritu humano para conocerlos primero y dominarlos con el conocimiento más tarde. La información reina como soberana y se inculca como el primer deber de un hombre de ciencia la abnegación ante los hechos, la renuncia de si mismo y de sus fantasías, la virtud noble de plegarse á los fenómenos, de aceptarlos como se presentan, y aceptarlos todos, absolutamente todos, sin desdeñar ninguno, ni el más humilde, ni el más insignificante, ni el más trivial.

En muchas ciencias aún no se vé al arquitecto, pero los canteros trabajan con ahínco y con fé, cada cual labra su piedra y la coloca, otro rectifica su obra, y no sería de extrañar que viéramos elevarse hermosos edificios sin dirección de arquitecto, sin plano previo. Son los hechos mismos los

[Recogido en CC. Archivo Legado II]



UNIVERSIDAD DE SALAMANCA
CREDITOS USALES